

INSTITUTO HIJAS DE M^a AUXILIADORA

fundado por san Juan Bosco
y por santa Maria Domenica Mazzarello

N. 977

Con los jóvenes tocamos las cuerdas de la vida

Queridas hermanas:

La cita anual de la Fiesta de la Gratitud mundial es una oportunidad para hacerlos llegar mi agradecimiento y para sentirnos *familia* abierta y disponible a acoger todo acontecimiento como don de Dios. En El se hace cada vez más luminosa nuestra comunión y reavivamos la pasión del *da mihi animas cetera tolle* para la plena felicidad de las jóvenes y de los jóvenes en todo el mundo.

Este año celebraré la fiesta del gracias el 26 de abril en Asunción, en la Inspectoría san Rafael Arcángel (Paraguay). *Con los jóvenes tocamos las cuerdas de la vida* es la primera parte del eslogan que tenemos como telón de fondo de la fiesta. Sigue una segunda parte que explicita el modo: *testimoniando la alegría de seguir a Jesús*.

El eslogan surge del tema: *Viviendo la respuesta a la llamada de Dios con alegría y esperanza, despertamos el proyecto de Dios en cada joven*. Un tema que está en plena sintonía con el camino de la Iglesia universal y en continuidad con el propuesto por el CG XXIII. Mantiene viva además la conciencia de la importancia de la animación vocacional para todos los jóvenes.

Agradezco a la Inspectora sor Leandra Romero y a las hermanas de la Inspectoría el tema y el eslogan que nos proponen. Al mismo tiempo, expreso mi agradecimiento a la Vicaria general sor Chiara Cazzuola, por la carta enviada a todo el Instituto con la propuesta de la Inspectoría Paraguaya y algunas indicaciones concretas para que podamos vivir la fiesta con sentido de pertenencia, especialmente con quienes comparten la misión salesiana.

Tema y eslogan nos introducen en el itinerario del próximo Sínodo de los Obispos, y tienen presentes las recomendaciones que el Papa Francisco hace a la vida consagrada de ponerse a la escucha de las expectativas y esperanzas de los jóvenes. Nos interpelan, como FMA, a hacer vibrar juntos –FMA, jóvenes, seculares- las cuerdas de un corazón que se abre al proyecto de Dios.

Para que así sea, nuestros corazones, deben, a su vez, dejarse tocar por la belleza de seguir a Jesús y testimoniar esta opción con una vida fraterna llena de luz, de alegría, y por ello, fecunda en la misión. Ésta es la reflexión que deseo compartir con vosotras.

Hacer realidad en nuestra vida el mensaje del tema propuesto es un don que nos intercambiamos para decirnos de verdad un gracias recíproco.

Testigos de la belleza de la vocación

En el primer encuentro con los seminaristas, los novicios, las novicias (6 julio de 2013) el Papa Francisco afirmaba: «Ésta es la belleza de la consagración: es la alegría, la alegría». Por tanto, la belleza de la consagración es el gozo, y éste consiste en «llevar a todos el consuelo de Dios». No hay caridad en la tristeza, añadía el Papa Francisco. La alegría no es un adorno inútil, sino exigencia de la vida humana. Nace de la certeza de sentirnos amados, de la confianza de ser personas salvadas, perdonadas, personas con las que se ha tenido misericordia.

La raíz de la belleza, y por tanto, de la alegría vocacional, se encuentra en la escucha de la Palabra de Dios: «para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea colmado» (Jn 15,11), le desea Jesús a sus discípulos. La tristeza y el miedo deben dejar paso al anuncio de la alegría.

Para ser testigos de la belleza tenemos que sentirnos nosotros mismos consolados por Dios, amados por Él, llamados a consolar a los demás con ternura. Hay personas consagradas, constata el Papa Francisco, que tienen miedo al consuelo de Dios, a su ternura. Hemos de permanecer ante Él, no como frente a un Dios juez, sino como un Dios-Padre que nos mira con amor y compasión.

Al llamarnos nos dice: “tú eres importante para mí”, “cuento contigo”. La belleza de la vocación está en el sentirnos abrazados por esta mirada que nos sigue envolviendo.

Para Dios no somos números, sino personas amadas, a las que Él confía una gran misión: decir a los demás que somos felices de seguir a su Hijo Jesús y que queremos compartir su amor. Es Él quien llena de gozo nuestro corazón, quien da fecundidad a todo lo que somos y hacemos en su nombre.

Para reencontrar la belleza de la llamada de Jesús necesitamos volver con nuestra memoria al momento en el que dejamos todo para seguirlo y estábamos dispuestas a cualquier sacrificio con tal de realizar nuestro sueño. Mantener vivo el sueño significa mantener viva la llamada, es decir, creer que Dios sigue mirándonos con amor y confía en nosotras.

Vivir la vocación en plenitud significa alargar el corazón hacia espacios de relación cada vez más amplios. Haciendo memoria de *la llamada*, encontramos la fuerza para vivir aquella transformación en el amor que impide convertirnos en personas “acomodadas”. Nos interpela la pregunta que formuló el Papa Francisco en un encuentro con los consagrados: «¿Tienes un corazón que desea algo grande o un corazón adormecido por las cosas, que terminan por atrofiarlo?».

Desear quiere decir mantener la inquietud de la búsqueda. La relación con Jesús se alimenta de esta inquietud y no nos deja tranquilas. La propuesta evangélica de Jesús es incómoda. Si la adaptamos a nuestras exigencias, pierde su autenticidad y entonces, no anunciamos a Jesús, nos anunciamos a nosotras mismas.

Anunciar a Jesús, sentirnos envueltas por su amor, significa estar dispuestas a cambiar nuestros esquemas, salir del “siempre se ha hecho así”. Esta expresión no es criterio de verdad, sino de comodidad y, poco a poco, puede hacernos perder la frescura de la novedad del Evangelio. El camino de la belleza que salva es el camino de la cruz, aunque ésta no tiene la última palabra. La última palabra es la de la resurrección: ¡Cristo ha resucitado: ésta es la gran esperanza y también el fundamento de nuestra alegría!

Ahora querría que cada una de nosotras se hiciera estas preguntas: ¿Hacia dónde voy caminando? ¿mi vida, me hace feliz, expresa la alegría vocacional, aviva la fraternidad, toca el corazón de los jóvenes? Con estos interrogantes llamo la atención también sobre las condiciones para que la alegría se difunda a nuestro alrededor en círculos concéntricos: vivir el encuentro con Jesús en la oración, en la escucha de la Palabra, en el orientar todo lo que somos y tenemos a Él, en la caridad hacia los demás. La caridad, alimentada por una profunda vida interior, hará florecer nuestra vida y será una oportunidad para que los jóvenes descubran su vocación.

En la alegría de la fraternidad

Ser testigos de la belleza de la llamada no es sólo un compromiso individual, sino que se expresa en la comunidad y con todos los que colaboramos y somos corresponsables de la misión.

Es un itinerario que comienza con el amor, se hace gratitud, empuja hacia el futuro, reaviva los sueños que cada una lleva en su corazón; un camino en el que, en los pliegues de la vida cotidiana con sus desafíos y dificultades, *juntas*, descubrimos la belleza del don y se encuentra la fuerza para reemprender con esperanza el camino.

El Papa Francisco nos recuerda que «la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de quienes se encuentran con Jesús. Aquellos que se dejan salvar por Él, son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría» (*Evangelii Gaudium*, n. 1).

Nada hay más bello que una comunidad en la que sus miembros se estiman, se valoran, se miran con benevolencia los unos a los otros, se ayudan recíprocamente a testimoniar el Evangelio de la alegría que, incluso cuando es probada por el cansancio, las incomprendimientos y los fracasos, caracteriza siempre nuestra vida y nuestra misión: «Sed testigos de la alegría, felices de vuestra vocación en el día a día. Así cada uno de nosotros podrá percibir la presencia de Dios a través de vuestra vida ¡sentirlo cercano!» (*Actas CG XXIII*, n. 16). Esta petición es una llamada a nuestras comunidades, para que tengan siempre abiertas las puertas y, con su modo de ser, favorezcan *una cultura vocacional*.

¿Estamos todas convencidas de que la dimensión vocacional de la educación es la clave para la vitalidad del Instituto y garantía de futuro para la Iglesia y para la sociedad?

Difundir la cultura vocacional es tarea de todos los miembros de la comunidad educativa, a partir de la coherencia de vida y de la asunción convencida de la misión salesiana. Juntos podemos transmitir la belleza de las diversas vocaciones y en sus distintas expresiones. Dentro del pueblo de Dios cada vocación es una vocación a la santidad.

Y la santidad se manifiesta en la alegría que brota de un corazón orientado hacia Dios. “La alegría es signo de un corazón que ama mucho al Señor”, decía Madre Mazzarello y recomendaba cultivarla a las hermanas y a las chicas.

Debió calar tan profundamente el sistema educativo de don Bosco en el joven Domingo Savio que llegó a decir: “La santidad consiste en estar muy alegres”. La alegría es un signo inconfundible de un corazón que está en paz y ésta tiende a difundirse, implicando a jóvenes y seculares en la misión.

En mis numerosos viajes y en las recientes experiencias de las Verificas Trienales, he constatado que en algunos contextos se ha hecho un buen camino en la implicación de los seculares hacia una mayor corresponsabilidad educativa, entendida como acompañamiento de los jóvenes a descubrir su propio proyecto de vida. En otros ambientes, hay que sensibilizarles posteriormente para tomarse en serio la misión, centrar la atención no sólo en la transmisión de la cultura, sino en el acompañamiento personal de los jóvenes para descubrir el sueño que Dios tiene para cada uno de ellos. Entre las diversas vocaciones, propongo que se den a conocer y se valoren los diferentes grupos de la Familia Salesiana.

Hay muchos jóvenes motivados profundamente para vivir experiencias de fe, de solidaridad, de entrega de la propia vida con estilo evangélico y salesiano, pero no siempre encuentran un buen acompañamiento vocacional, o no tienen el valor de la decisión como respuesta a la llamada de Jesús.

Reitero la importancia del testimonio gozoso de la vocación que nos ha sido dada gratuitamente por Dios. Esa es la “palabra” más creíble y eficaz que tiene la fuerza de invitar, convocar y fascinar.

Desde hace tiempo, llevo en el corazón, algunos interrogantes que quiero compartir con vosotras: ¿nuestras comunidades dejan ver a los jóvenes un rostro feliz, un estilo juvenil que va más allá de la edad y de las habilidades profesionales, si bien, son necesarias? ¿O por el contrario nos perciben como un equipo de trabajo, más que un espacio para compartir, un espacio de fraternidad, de alegría en la común misión?

Con relación a las vocaciones específicas como FMA, nos preguntamos: ¿por qué nuestro carisma, don del Espíritu Santo a la Iglesia, no atrae tanto a las jóvenes como para decidirse a dar una respuesta radical a la llamada de Jesús?

Estoy convencida de que tenemos posibilidades para colaborar mejor, para hacer de nuestros ambientes verdaderos *talleres de búsqueda*, donde *juntos* nos formamos para ser *artesanos de cultura vocacional* y donde encontramos valor para hacer la propuesta, aunque somos conscientes de que no es una empresa fácil hoy dialogar con los “nativos digitales”. Estos están inmersos y sumergidos en los escenarios de la globalización, del relativismo, de la indiferencia; son víctimas, a veces, de la cultura del descarte; viven las consecuencias de una sociedad líquida, incierta, sin bases sólidas y por tanto, vulnerable. Pero precisamente por esto debe suscitar en todos nosotros -educadoras y educadores- una decisión fuerte, sabia y con mirada amplia, una audacia evangélica semejante a la de nuestros Fundadores.

No nos dejemos llevar de la timidez o de la desmoralización. «Es preciso vencer la tentación fácil –dice el Papa Francisco- que nos lleva a pensar que en ciertos ambientes ya no es posible suscitar vocaciones. “Nada es imposible para Dios” (Lc 1, 37). Cada periodo de la historia es tiempo de Dios, también el nuestro, porque su Espíritu sopla donde quiere, como quiere y cuando quiere (cf Jn 3,8). Cualquier estación puede ser un “kairós” para recoger la cosecha (cf Jn 4,35-38)». (Mensaje a los participantes en el Convenio internacional sobre el tema: *Pastoral vocacional y vida consagrada. Horizontes y esperanzas. Roma, 1-3 diciembre 2017*).

Despertemos el proyecto de Dios en cada joven

He hecho oración con el mensaje del Santo Padre citado anteriormente y en sus reflexiones he encontrado fuerza, ánimo, esperanza. Os invito a tomarlo en consideración como punto de referencia para vuestros momentos de compartir y tomar decisiones, hasta el punto de poder pasar de los principios, sobre los que, en general, todos coincidimos, a la acción.

Es evidente, subraya el Papa, que no existen respuestas mágicas con relación a la pastoral vocacional. Sin embargo, una cosa es cierta: se nos pide una conversión pastoral, no sólo de lenguaje, sino también de estilo de vida, si queremos conectar con los jóvenes, en un camino de fe y de propuesta vocacional.

El mensaje pone de manifiesto convicciones importantes con las que nos identificamos. La prioritaria, sin duda, es la *oración*. El Señor lo dice claramente: «Orad al dueño de la mies para que envíe obreros a su mies» (Mt 9,38).

En este sentido encuentro muy oportuna y concreta la iniciativa que nos propone la Inspectoría de Paraguay de rezar en comunidad la novena a María Auxiliadora por las vocaciones, acompañada de gestos de caridad, sobre todo, entre nosotras. Estos gestos son los que crean el terreno, el *humus* más creíble para que la propuesta sea descubierta y acogida por los jóvenes.

Es, a través de la escucha de la voz del Espíritu Santo, como podemos captar algunos desafíos, puntualiza el Papa. El primero de todos, la *confianza en los jóvenes y la confianza en el Señor*.

Todos los jóvenes merecen confianza, también aquellos que nos parecen lejanos, indiferentes, reacios a cualquier tipo de propuesta. Don Bosco nos recuerda que en el corazón de todo joven hay siempre una cuerda que puede hacerse vibrar, un punto accesible al bien. Esto vale también hoy. El Papa Francisco subraya que muchos jóvenes, incluso perteneciendo a la generación “selfie”, o a una cultura que más que líquida parece ser “gaseosa”, buscan un sentido pleno para su vida, aunque, a veces, no lo buscan donde lo pueden encontrar. Y es precisamente, en medio de los jóvenes, donde tenemos que expresar, como personas consagradas, con toda la comunidad educativa, una actitud insustituible: permanecer despiertos para despertar a los jóvenes, estar fundamentados en el

Señor para poder ayudar a las jóvenes y a los jóvenes a centrarse en Él.

Estamos seguras de que Jesús sigue suscitando en el Pueblo de Dios diferentes vocaciones para el servicio a su Reino y nos pide ser, *juntos*, anunciadores del Evangelio de la vocación a través de un gradual y constante acompañamiento de los jóvenes.

Este servicio es una misión que aleja de nosotras posibles formas de resignación acerca del presente y nos ayuda a proyectarnos hacia un futuro abierto a la esperanza. Sobre todo permite renovarnos en el estilo de vida de Jesús para irradiar el Evangelio, principalmente, con el testimonio.

Dejo que vosotras profundicéis otros argumentos presentes en el mensaje citado. Me detengo a considerar la urgencia de intensificar la misión salesiana como un verdadero itinerario de fe que lleve al encuentro personal con Cristo, de manera sencilla y en estrecha relación con la familia. El tema de la familia ha resonado mucho en el CG XXIII. El “*sueño de casa*”, de familia, de felicidad, de futuro y de sentido, presente en tantos jóvenes que buscan puntos de referencia, nos interpela y nos compromete como comunidad educativa y como Familia Salesiana (cf *Actas CG XXIII*, n. 28).

Estar entre los jóvenes, *habitar* sus espacios, *hacer vibrar las cuerdas* de su existencia, *encontrarnos con sus deseos*, *comprender* sus tristezas y *escuchar* también sus silencios, nos exige dar un nuevo impulso a la alianza educativa con la familia. Reconocer su vocación de seno que da vida, para que los padres, incluso en situación de debilidad y fragilidad, no se sientan solos asumiendo la misión de ser los primeros animadores vocacionales de sus hijos, liberándose ellos mismos y a sus hijos de planteamientos egoístas, de cálculo y de poder, presentes, muchas veces, también en familias practicantes, -pone de manifiesto el Papa Francisco.

Me parece importante, como comunidades educativas y como Familia Salesiana, ponernos en sinergia con el camino de la Iglesia para dar nuevo vigor al empeño de ser “familia”, redescubriendo la belleza del espíritu que ha caracterizado Valdocco y Mornese, hasta

el punto de convertir estos lugares en propuesta vocacional abierta a la dimensión eclesial y mariana.

Unirnos con la familia exige reconocer su misión insustituible y sostenerla. La familia es el primer ambiente en el que la vocación encuentra el terreno adecuado para madurar. Creemos en el valor de la familia y en la importancia de su misión, y al mismo tiempo, comprendemos el esfuerzo y las dificultades para encontrar caminos convergentes en torno a valores para compartir, por el bien de sus hijos.

No se trata, sin embargo, de encontrar únicamente convergencias sobre las líneas educativas, sino de ofrecer nosotras mismas a las generaciones jóvenes, como comunidades de FMA y como comunidad educativa, un ambiente de familia que favorezca un acompañamiento sereno de los jóvenes y la propuesta de valores genuinos, de ideales altos. Sobre todo, un ambiente atractivo porque refleja la belleza de vidas plenamente realizadas, sea en el matrimonio, sea en la vida religiosa, sea en otras posibles opciones de vida y de servicio.

Hago más las palabras conclusivas del mensaje del Papa Francisco que pueden ser para todas como un levantar el vuelo: «¡Que ninguno os robe la alegría de seguir a Jesucristo y la valentía de proponerlo a los demás como el camino, la verdad y la vida (Jn 14, 6). ¡Destruyamos nuestros miedos! Ha llegado el momento de que los jóvenes sueñen y los s profeticen (cf Joel 3, 1). ¡Levantémonos! “¡Manos a la obra!” (cf Esdras 10, 4). Los jóvenes nos esperan. Es hora de ponernos en camino».

María, Madre de toda vocación y Madre de la Iglesia, nos acompaña, sostienen nuestra fidelidad, comparte nuestros esfuerzos y nuestras esperanzas. Confiemos en ella, seguras de que el camino, a veces, árido y cansado es transitable con su ayuda.

Concluyo, agradeciéndoos el don de vuestra vida y la pasión siempre reavivada en el corazón, haciendo resplandecer la alegría del *da mihi animas cetera tolle* en la misión que se os ha confiado. Expreso un gracias particular a las hermanas ancianas y enfermas. Su oración y su ofrenda cotidiana son para todo el Instituto un don precioso que sostiene los esfuerzos y las alegrías de cada día.

Prometo a todas mi constante oración para que, junto a cada persona joven o adulta, a cada familia, logremos *tocar las cuerdas de la vida* testimoniando el gozo de seguir a Jesús.

Os envío también mi felicitación de Pascua para vosotras, para vuestras familias, para el Rector Mayor don Ángel Fernández Artime, para nuestros hermanos Salesianos y para cada miembro de la Familia Salesiana; para cada persona que colabora con nosotras en el ámbito de la educación y en el anuncio del Evangelio de la vocación.

Con amistad y gran confianza, deseo llegar a los jóvenes. Jesús resucitado ilumine su existencia y la haga brillar de alegría y esperanza.

¡Dios os bendiga!

Roma, 24 de marzo 2018

Aff. ma Madre